



LA VIDA PASA

Por Roxana Redondo Saussol

Hoy, en el espejo mientras me encremaba, me he descubierto una nueva arruga y, en vez de entristecerme, me ha dado por pensar que las arrugas son medallas que ganamos en la guerra diaria de la vida, en la lucha a muerte contra el tiempo.

Antes me daba miedo envejecer, me resistía a cambiar, a dejar de ser la que yo creía que era.

Ahora, poco a poco, no sé, me voy haciendo a la idea, crecer, como morir, es lo natural cuando una está viva. Quien se niega a crecer puede acabar convirtiéndose en un enano en muchos aspectos.

Todo lo que nace, crece y muere, pero eso no importa, lo que importa es vivir cubriendo las etapas, apurando hasta el fondo de la copa de cada edad.

Cada tiempo tiene su encanto y sus alicientes.

Si siempre fuéramos niños, nos perderíamos el bonito espectáculo de la juventud.

Si siempre fuéramos jóvenes, nunca sabríamos cómo sería la vida desde la serenidad de la vejez.

Probablemente seríamos mucho más felices si nos aceptáramos en cada momento como somos, si viviéramos de acuerdo con los años, si los niños no quisieran parecer hombres, ni los jóvenes viejos, ni los viejos jóvenes.

Hay tiempo para todo.

El secreto quizás esté en no dejar escapar las oportunidades irrepetibles.

Sólo se es niño una vez, y hay que serlo a su tiempo debido o a su debido tiempo.

Yo ya no soy una niña, ni siquiera soy joven; no me importa, porque he vivido la infancia y he vivido la juventud y conozco sus secretos.

Ahora, ante mis ojos, se extiende un nuevo panorama y no quiero perdérmelo, quiero vivirlo, quiero saber qué me ofrece este tiempo nuevo, quiero descubrir qué misterios encierra esta nueva edad cuyo nombre todavía ignoro, pero que ya siento que está llamando a mi puerta.